

Marco V. García Quintela

Universidade de Santiago de Compostela

marco.garcia.quintela@usc.es

La arqueología de la guerra civil española es una rama muy reciente de la arqueología. Su actual e innegable impacto social deriva sobre todo de la aprobación de la ley de Memoria Histórica bajo el impulso del gobierno de J.L. Rodríguez Zapatero el año 2007 (<http://leymemoria.mjjusticia.gob.es/cs/Satellite/LeyMemoria/es/memoria-historica-522007>). Desde entonces con ritmos desiguales y ecos muy diferentes las exhumaciones de cadáveres de represaliados republicanos depositados en las “cunetas”, pero en la realidad en un sinfín de localizaciones diferentes y nunca oficialmente reconocidas, se ha convertido en una práctica arqueológica relativamente habitual que tiene eco regularmente en la prensa. Esta actividad se entremezcla muchas veces con la antropología forense. Esto facilita una percepción popular acostumbrada a los argumentos expuestos en series de televisión como los innumerables CSI's o *Bones* en la medida que una cuestión relevante es la identificación precisa de los individuos cuyos cadáveres se rescatan para, en la medida de lo posible, restituirlos a sus familias y darles un entierro digno.

Pero la arqueología de la guerra civil es mucho más que eso. Se configura como un sector especializado de la arqueología con revistas propias (*Ebre38* <http://www.raco.cat/index.php/ebre>, seis números publicados entre 2003 y 2011), un engarce internacional (*Journal of Conflict Archaeology* editada por la Universidad de Glasgow <http://www.tandfonline.com/toc/yjca20/current>) y, sobre todo, una importante serie de páginas web en donde tienen eco las distintas iniciativas que dan cuenta día a día de los progresos de excavaciones y estudios junto a una serie de publicaciones digitales o en papel y en una multitud de soportes difícilmente abarcable para el no especialista.

Sobre este panorama heterogéneo y disperso el libro de González Ruibal tiene como primer e indudable mérito proporcionar un punto de partida sólido que puede ser útil tanto a para los especialistas, que pueden encuadrar con mayor facilidad sus investigaciones en un marco disciplinar mejor referenciado, como para los lectores que intentan aproximarse al tema por simple curiosidad (caso de este recensionador).

El autor es uno de los especialistas académicos en el tema sobre el que ya coordinó un volumen monográfico de la revista *Complutum* (19/2, 2008 <https://revistas.ucm.es/index.php/CMPL/issue/view/CMPLo80822/showToc>) y que incardina en una perspec-

tiva más general sobre la arqueología de la violencia en el mundo contemporáneo (véase su *An archaeology of resistance. Materiality and time in an African borderland*, Rowman & Littlefield Publishers, 2014).

El libro que nos ocupa se configura como una especie de historia arqueológica de la guerra civil desde sus inicios con las matanzas generalizadas de adversarios políticos del 36 (capítulo 2: 1936. El año roto) y la defensa de Madrid en otoño de ese mismo año (capítulo 3: La ciudad y la guerra). Batallas y episodios de los años centrales de la guerra (capítulos 4 a 6) distinguiéndose, de forma útil desde el punto de vista del interés de la práctica de la arqueología en el tratamiento del tema, entre situaciones bien conocidas (las batallas del Jarama, Belchite o del Ebro) y otras ignotas como “La batalla olvidada” (capítulo 5). Los dos últimos capítulos recogen el final de la resistencia de la república y la postguerra mostrando como la victoria de los sublevados fue una continuación de la guerra por otros medios a través de la implantación de un sistema represivo infame y duradero.

La lectura es muy ágil, las notas y aparato crítico son los básicos y no entorpecen el seguimiento del argumento para el lector que pretende acercarse al tema sin el afán propio de un especialista. En este sentido una mención especial merece el capítulo 1, de carácter introductorio. Se puede leer en el sitio web del autor en academia.edu (https://www.academia.edu/19552439/Volver_a_las_trincheras._Una_arqueolog%C3%ADa_de_la_Guerra_Civil_Espa%C3%B1ola). Es escalofriante, su lectura me llevó a la de todo el libro.

Hablar de arqueología es hablar de cultura material y en el libro hay muchísima información sobre vainas, proyectiles, impactos, construcciones defensivas y sus destrucciones, reaprovechamientos (las parideras de ganado de la meseta y Aragón, convertidas en reductos defensivos, son uno de los hilos conductores del libro), como las trincheras o refugios de primera línea convertidos en chabolas de ocupas hasta casi los años 60 en Madrid o en refugio de toxicómanos en las inmediaciones de Oviedo.

Pero, más en concreto, hablar de munición es hablar de su procedencia, de los mecanismos de abastecimiento del frente, de las huellas materiales de la fuerza creciente de los sublevados y de la penuria también creciente de los republicanos, de cómo iniciativas internacionales como la famosa No Intervención y su acatamiento por las democracias occidentales y su violación por los regímenes de Hitler y Mussolini tenían efectos reales sobre el destino de los soldados movilizados en los frentes de batalla.

El ya citado capítulo introductorio y el conjunto del libro constituyen, también, una apología disciplinar de la arqueología. Nada que objetar. Es evidente que ciertos aspectos de esta guerra, y de otras actividades humanas, resultarían desconocidas si no se estudiaran sus huellas materiales. No todo está puesto por escrito, ni tan siquiera en sociedades totalmente letradas. Muchos de los escritos se han perdido para siempre (es emocionante el registro material de los tinteros en la línea del frente, mientras que desconocemos las cartas escritas con la tinta que contenían, aunque sí conocemos algunos grafiti de los soldados enfrentados convenientemente tratados en el libro). Y muchos escritos mienten, o presentan una memoria selectiva de los hechos relatados (por ejemplo insistiendo sistemáticamente en la alimentación de los soldados con sardinas en lata cuando en las excavaciones se recoge un número semejante de latas de sardina y de atún).

Sin embargo es indudable que el marco interpretativo general de este libro lo proporciona la historia constituida a partir de textos. Sabemos que “la batalla olvidada” tenía como misión debilitar la ofensiva franquista en el frente de Aragón por fuentes de archivo. Sabemos que la munición diferente de unos y otros dependía de la aplicación de un tratado internacional que no deja huella arqueológica. En este sentido, en paralelo con la reflexión sobre la aportación del estudio arqueológico tal vez convendría otra, al menos semejante (hay retazos), sobre la aportación de la documentación de archivo y la forma de engarzar una crítica de fuentes escritas con la crítica de fuentes arqueológicas y su complementariedad, práctica que ya está bien asentada en la arqueología clásica más reciente y epistemológicamente consciente.

Hecha esta salvedad, no se puede negar que algunas situaciones sólo se pueden conocer, o al menos objetivar, gracias a la arqueología. Especialmente impactante en este sentido es la descripción de la ubicación de las letrinas de los detenidos republicanos en el campo de concentración de Castuera construido tras el final de las hostilidades. Es posible que intuitivamente fuese posible percibir su ubicación en el lugar más visible del campo. Pero sólo la excavación ha permitido atestiguar sin lugar a dudas de que carecían de toda protección para sus usuarios, además, el recurso a una herramienta habitual en arqueología como es un Sistema de Información Geográfico ha permitido esclarecer el sentido de la posición indicada como una forma de humillación de los detenidos perfectamente buscada por los carceleros vencedores.

Como, otras veces, sólo la arqueología puede poner de relieve las contradicciones de un sistema legislativo pensado para que el legislador, la ideología que lo sustenta, quede bien con independencia de la inutilidad y perversidad moral de las prácticas a las que induce esa legislación. Este es el caso de la “segunda muerte de Charlie”. La primera como probable heroico defensor de la última línea de resistencia en el Ebro. En efecto, el estudio arqueológico permite constatar cómo este soldado republicano con la ayuda de unos pocos camaradas ocupó una trinchera para permitir la retirada del grueso de sus compañeros muriendo en la acción tras disparar varios peines de munición. Sin embargo, la segunda muerte ha sido muy reciente, burocrática y perfectamente evitable. Charlie murió otra vez como consecuencia de una legislación catalana “buenista”, incapaz de reconocer la diferencia, la identidad, lo específico de cada caído, cuando es esta, precisamente, lo que busca restituir la práctica arqueológica en el caso de los enterrados en las cunetas, y también de Charlie que, ha acabado perdido y olvidado, matado y enterrado otra vez, en los vericuetos de una legislación absurda.

En un libro muy bien escrito, emocionante en ocasiones pese a la aridez de ciertos temas, y con una presentación y edición muy cuidadas (cabe destacar el aparato gráfico en color), este lector ha detectado algunos errores fáciles de subsanar en ediciones sucesivas.

En la p. 101 en una cita literal de un testimonio de la época se dice “no escatimar ni una bala”, cuando del contexto se deduce que no habría que despilfarrar munición, o un término semejante. El equívoco posiblemente es de la fuente, salvo que haya un error de transcripción, por lo que sería pertinente añadir un *sic*.

En general a lo largo del libro no se distingue entre bajas y muertes. Esto parece relevante en la p. 133. En términos militares lo importante son las bajas. En esa página

se trata sobre proyectiles, sus características y cómo matan o hieren. La cuestión es que un proyectil de bajo calibre puede producir una baja aunque no mate y, además, como pesa menos, facilita la logística de abastecimiento de munición del ejército que lo usa al tiempo que dificulta la del enemigo que probablemente tendrá que tratar a un mayor número de heridos con el correspondiente esfuerzo del escalón sanitario. En el libro *Band of Brothers* de S. Ambrose relata la agonía del soldado Jackson herido pidiendo a sus camaradas que lo matasen, un poco más abajo, en el mismo capítulo, otros soldados americanos rematan a un soldado alemán herido como un acto casi de piedad (capítulo 14: The patrol).

En la p. 224 se dice que Jorge Semprún estuvo en Mathausen. Es un error, Semprún fue deportado a Buchenwald tras su arresto en Francia como resistente (su libro fundamental sobre el tema es *L'Écriture ou la vie*). El error procede, tal vez, de que los alemanes enviaron a Mathausen a muchos republicanos españoles tras pasar por los campos del sur de Francia y desde fechas tempranas, por lo que proporcionaron muchos “cuadros” subalternos del campo y de la resistencia interna (existe en el campo un monumento a los 7000 españoles republicanos muertos allí, https://spanierinindenalpen.files.wordpress.com/2015/08/img_1964.jpg).



Otro de los méritos del libro es la compilación y sistematización de publicaciones locales y localistas de acceso difícil para los no especialistas, y sospecho que también para muchos especialistas, pero con información interesante junto con otras que siguen

estándares académicos usuales. En este sentido no se comprende la cita indirecta a las memorias de C. Castilla del Pino (p. 251). No es solo “psiquiatra” como se afirma, sino que fue un reconocido militante comunista y un autor muy leído en los últimos años del franquismo pues sus libros eran de los pocos ensayos de autores españoles merecedores de lectura por entonces. Por ello su testimonio merece un tratamiento más detallado, al menos semejante al que se hace sobre otros personajes y fuentes tratados a lo largo del libro.

En la p. 272 dice “figura 57” pero debe decir “figura 58”.

Hay un error de redacción en la p. 280. Primero se dice que el padre y la madre de una mujer que da un testimonio fueron fusilados, pero inmediatamente después la madre está “viva” en el argumento.

Aunque es evidente que la arqueología ha traspasado con mucho los límites de la arqueología clásica no por ello algunas de sus prácticas tradicionales deben caer en saco roto. En la p. 297 se recoge el texto de un grafiti republicano con una cita de las *Tristes* de Ovidio. Se indica que el grafiti está en latín, pero no se recoge el texto en esa lengua y se ofrece una traducción sin indicar el traductor. Además parece oportuno indicar de forma precisa el poema y los versos citados (Ovidio, *Tristes*, I 3, 1-4),

Cum subit illius tristissima noctis imago,
quae mihi supremum tempus in urbe fuit,
cum repeto noctem, qua tot mihi cara reliqui,
labitur ex oculis nunc quoque gutta meis.

En el poema, Ovidio presenta sus últimas horas antes de partir para el exilio en Tomis, actual Constanza, a orillas del Mar Negro por orden de Augusto el año 8 de nuestra era. Por ello es contrafactual, además, decir que estuvo exiliado en “Rumanía”, obviamente inexistente. En cualquier caso, el erudito grafitero republicano sabía perfectamente lo que estaba escribiendo y por qué.